

CAPÍTULO XIX

EL JAPON.

Al llegar aquí, los pasos de los mercaderes europeos y de los misioneros nos hacen dirigir nuestra vista hacia los pueblos de las estremidades de Oriente, cuyas relaciones de amistad ó de hostilidad con Europa datan de aquella época.

No tiene rival en el mundo el archipiélago más oriental del Asia, que se extiende entre los 126 y 148 grados de longitud oriental, y sube desde los veinte y nueve á los cuarenta y siete de latitud. Nosotros lo llamamos Japon, y los naturales, *Nippon*, por el nombre de la isla principal que significa *base del fuego* (*Ni pon*), lugar de donde el sol se levanta. Esta y las otras de Kiusiú y de Sikokí, en medio y al rededor de las cuales están esparcidas multitud de islas menores, forman el imperio del Japon. Los antiguos no lo conocían, y Marco Polo habló de él, llamándole *Xipango*; después, á mediados del siglo xvi, tres portugueses arrojados á sus costas por la tempestad, lo descubrieron, no tardando los mercaderes en establecer allí bancos de comercio, y los misioneros en llevar lar artes y la religion (1).

El mar que circunda al Japon es peligroso, el acceso difícil á causa de los muchos escollos. el cli-

(1) KAMPPER, *Historia del Japon*, en alemán. CHARLEVOIS, *Hist. du Japon*.

Brevis Japonia insule descriptio, ac rerum a patribus Societatis Jesu gestarum succincta narratio. Colonia 1580.

Cartas del Japon y de la China en 1589-90, escritas al rev. vic. general de la C. de J. de Roma, 1591.

Actualmente se está publicando un *Viaje al Japon hecho durante los años 1823 á 1830, ó descripción física, geográfica é histórica del imperio japonés, de Jesso, de las islas Kuriles meridionales, de Kratto, de la Corea, de las islas Liu-Kiu, etc.*, de PH. FR. SIEBOLD, con explicaciones del señor Hoffman sobre cuanto pertenece á la historia y á las relaciones de la China.

ma agradable. La isla principal, sembrada de cráteres y conmovida por frecuentes temblores de tierra, abunda en manantiales que alimentan una robusta vegetacion. El té crece allí sin necesidad de cultivo; los bambúes adquieren un tamaño gigantesco en las cañadas; la pimienta negra, el azúcar, el algodón, el añil, el jengibre, el laurel indio, el árbol del alcanfor y del barniz, alternan con el alerce, el ciprés y el sauce lloron de los climas templados. La estacion cálida es interrumpida por frecuentes huracanes; enseguida las lluvias se suceden durante algunos meses, cambiándose luego en nieves. Las entrañas de la tierra son tan pródigas en oro y plata, que para que no desmerezcan estos metales se ha limitado su excavacion: allí se usa el cobre en vez de hierro, y se obtiene con abundancia mercurio, azufre, betun y carbon fósil.

Mientras el buzo arranca de los abismos del mar la *madre perla más hermosa de Anfitrite*, millones de campesinos cuidan de que no quede sin cultivo un palmo de tierra, crían el gusano de seda y trabajan los estambres. Hay pocos caballos, y estos pequeños; el jabalí y la cabra están desterrados de su territorio, como perniciosos á la agricultura; el carnero es superfluo, por la abundancia de la seda, y ayudan al labrador ciertas vacas pequeñas y búfalos gibosos. Un rey, llevado de su gusto particular, introdujo allí una inmensa cantidad de perros. Veneran la grulla, como anuncio de felices auspicios, y la pintan en las murallas, en los templos, en el palacio. Las damas aprecian mucho la mosca nocturna, mariposa de elegantísimas alas matizadas de azul y de oro, de la cual (segun cantan sus poetas) se prendan todos los insectos nocturnos y la requieren de amores: ella, para librarse de sus importunidades, los envía á buscarle fuego, y los insectos dan vueltas en torno de la luz, hasta que al cabo se consumen.

El pueblo numerosísimo (2), bello, ágil y vigoroso, de color aceitunado, estatura menos que mediana, cabeza ancha, cuello corto, nariz chata, rostro mal proporcionado y sin pelo de barba, ojos más oblongos que en ninguna otra raza y protegidos por cejas espesas y altas, parece una mezcla de chinos y manchúes; pero su idioma conserva pocas voces chinas y menos aun manchúes ni tartaras; no es monosilabo, y tiene sintaxis y conjugacion originales. En otro sitio hemos hablado de su escritura (3). Seis siglos antes de Jesucristo esculpien las monedas del Imperio y las genealogías de las familias principales; pero hasta 1206 no introdujeron la imprenta para los libros buddistas. Rivalizan con los chinos en el arte de representar los objetos naturales; los superan en dar á la porcelana la forma de vasos desmesurados, y en templar el acero.

Por miedo á los frecuentes temblores de tierra, construyen las casas de un solo piso, formando la armazon de vigas de cedro y paredes de tablas barnizadas de un blanquísimo esmalte. Visten sedas de colores claros, con flores y arabescos, y fabrican por sí mismos las telas y los adornos. Se raen la mitad de la cabeza, reúnen los cabellos restantes en la coronilla, y cuando van de viaje se envuelven en grandes hojas untadas de aceite, sin soltar nunca el abanico: su aseo es tal, que les mueve el estómago la poca limpieza de los europeos. Al saludar, se inclinan repetidas veces hasta el suelo; si se les injuria, no responden una palabra; pero su cuchillo se encarga de vengar la afrenta cuando menos se espera.

Acostumbran como los chinos, visitar los sepulcros, y son usos comunes de ambas naciones la fiesta de las linternas, los recursos dramáticos y las danzas voluptuosas. Tienen una sola mujer y muchas concubinas, que no celan tan cuidadosamente. Para casarse, la esposa, de pié junto al altar enciende una luz, y en ella el novio enciende otra; después ella arroja al fuego los juguetes de su infancia. Las casadas creen que las hermosea arrancarse las cejas y teñirse los dientes de un negro brillante. Cuando se les repudia, deben llevar la cabeza rapada. La prostitucion tiene algo de religiosa, desde que el último pontífice soberano se ahogó, huyendo del kubo, y las mujeres que componian su corte, quedándose sin pan, lo ganaron por medio de aquel torpe tráfico.

Segun parece, la China, por los tiempos en que se constituyó en monarquía, redujo el Japon á ser colonia suya, y asociando los japoneses su civilizacion primitiva con la que les llevaron los chinos, su impetuosa ferocidad con la mansedumbre de éstos, su lengua polisilaba con la monosilábica de la China, las palabras indígenas con la construc-

cion extranjera, y con la declinacion al estilo de los tartaros, resultó una mezcla que hace aparecer aun más extraño á aquel pueblo, que lo era ya en extremo por sus dos idiomas, uno reservado para la política, las leyes, la religion, la literatura, las ciencias, y el otro destinado á los diferentes oficios y á los usos populares; por sus dos constituciones, con la potestad eclesiástica al lado de la temporal; por el pundonor, aun más sutil que en nuestros duelos, pues un japonés que ha sido ultrajado desafia á su enemigo á destrozarse el vientre al mismo tiempo que él.

Aunque estacionarios como los chinos, son más robustos, tienen un ingenio más agudo y vivo, gran corazon y más disposicion para la libertad civil. Pero como pesa sobre ellos una servidumbre absoluta, su misma energía los ha arrastrado al delito, de suerte que con dificultad se hallará un pueblo más atroz en sus venganzas y más facineroso. Se han dictado leyes sanguinarias á fin de reprimirlo, y las acciones están todas ajustadas á reglas severas: de cada cinco jefes de familia, uno ejerce el cargo de magistrado respecto de los demás; la familia entera es castigada por el delito de uno de sus individuos, y especialmente las mujeres por el que cometan sus maridos: todo está dispuesto de una manera propia para excitar aquella recíproca desconfianza, que es el peor y más necesario arreo de la tiranía, y que la perpetúa.

Empieza la historia del Japon por los siete grandes espíritus celestes (*sen-sinsita-dei*) que reinaron millones de años: el último tuvo amores con una mujer, de la cual nacieron los únicos grandes dioses terrestres (*Dsia-im-goodai*). Seiscientos sesenta años antes de Jesucristo se presentó en el país Sinmu, el guerrero divino, con la cabeza de buey, que ocupó el trono á los setenta y ocho años, y reinó otros tantos: en él principia la era de los japoneses, llamada *Nin-o*.

Su nombre indica que era extranjero, siendo probable que emigrara de la China, mientras que luchaban allí las sectas en tiempo de Cheu. Determinó la duracion del año, dividido segun las lunas, de modo que unas veces empieza en febrero, otras en marzo, y se intercalan siete meses cada diez y nueve años; dió leyes y comenzó la serie de los dairas ó emperadores religiosos, que duraron hasta 1585 mirados por los súbditos como dioses en autoridad y poder. El dairi seria profanado si tocase con los piés el suelo, por lo cual los nobles le llevan sobre sus hombros; el aire exterior no debe refrescar su rostro, ni el sol ofender con los rayos su sagrada majestad. No le han de servir dos veces los mismos vestidos, muebles y vasos; se reputaria sacrilegio cortarle los cabellos ó las uñas mientras está despierto; además, hubo tiempo en que debía permanecer todas las mañanas algunas horas inmóvil en el trono, con la diadema puesta creyéndose esto necesario para la paz, hasta que se libró de tal molestia, atribuyendo el mismo efecto á la corona, colocada en el asiento imperial; y á la verdad, en

(2) Kempter contaba allí 13,000 ciudades y 909,858 almas, con poblacion que iguala á la de la Francia.

(3) Tom. II, pág. 138.

el mundo la corona sola bastaría frecuentemente para hacer lo propio que el que la ceñía. Una vez muerto, los ministros le destinaban por sucesor al más próximo heredero, cualquiera que fuere su edad ó sexo.

La historia del Japon, desde 660 antes de Jesucristo hasta el año 400 de la era vulgar, menciona apenas diez y siete emperadores, todos oriundos de un mismo tronco, y poquísimos sucesos. Uno es la guerra de los Yet y de los Go; otro una erupción volcánica que en el término de una noche formó el gran lago de Biwa-noumi. Se hizo creer á Tsin-schi-uang-tí, emperador de la China, que crecía en el Japon la yerba de la inmortalidad, y que para cogerla se necesitaban trescientos pares de jóvenes. El astuto médico, habiendo conseguido que se pusiese á sus órdenes este número de individuos, se valió de ellos para establecerse en el Japon. Singu-Kogu, primera emperatriz que ocupó aquel trono, trató de conquistar la Corea, guiando por sí la expedición, que fué afortunada en gran parte. Creó las postas en su imperio. Su hijo y sucesor Oosin fué venerado después de morir, con el título de Fatsman, como dios de la guerra. Ninto-Ku, hijo de Oosin y décimo séptimo dairi, que vivió ciento setenta años y reinó ochenta y siete, es el último emperador fabuloso de su historia. En 799 los manchúes, habiendo intentado ocupar el país, fueron rechazados: en 1281 los mogoles, después de conquistar la China, embarcaron contra el Japon cien mil guerreros en novecientos buques que suministró la Corea; pero una tempestad excitada por los dioses los dispersó.

En lo tocante á las creencias, se dividen en tres sectas principales: los adoradores de los ídolos nacionales antiguos; los Sinto ó moralistas que profesan un deísmo parecido al de los letrados chinos, y desprecian los demás cultos; por último, los Budzos, procedentes del buddismo. Los Sinto adoran á un Dios supremo, que demasiado elevado para cuidar de las cosas de este mundo, las abandona á divinidades inferiores. Entre estas la principal es la diosa Tensio-dai-sin, á quien nadie puede dirigir sus súplicas sino por el intermedio de los Siu-go-sin, divinidades tutelares. Sus templos son habitaciones y galerías formadas de bien entendidos tabiques removibles, con esteras de paja en el pavimento, donde ponerse en cuclillas: no se ve allí ninguna imagen del Dios supremo, sino algunas figuras de los dioses menores. En medio del templo hay un espejo, y todas las fiestas son alegres, cual conviene á númenes dispensadores del bien. Creen que las almas de los buenos suben á regiones luminosas, próximas al empíreo, y que las de los malvados vagan por los espacios aéreos hasta cumplir la expiación: aborrecen la sangre y la carne de los animales, y no tocarían un cadáver por nada del mundo.

Los budzos son en el fondo buddistas, que pasaron allí desde la Corea en 543 después de Cris-

to; pero tienen máximas y ceremonias especiales mezcladas de tal suerte, que con dificultad pueden separarse los dogmas. Se les atribuye el culto de Amida y Saquia, dispensadores de una larga vida y de todos los bienes, no acabando nunca de contar sus prodigios. A imitación suya, creen obra meritoria quitarse la vida, por lo cual son allí frecuentes los sacrificios voluntarios que hemos visto ensangrentar las fiestas de la India. Los devotos de Saquia las más de las veces se ahogan después de despedirse solemnemente de sus padres y amigos, que los acompañan al lago fatal; los de Amida se dejan morir de hambre, haciéndose emparedar en un estrechísimo espacio con un solo agujero, por el cual conservan el aliento.

Más moderno es Cambadoxi, bonzo elevado á la categoría de dios, al que atribuyen la invención del alfabeto silábico. Las distintas sectas rinden culto á otros héroes también divinizados; pero convienen en los cinco preceptos siguientes: no matar á ningún ser viviente, no comer lo que se mata, no robar, no fornicar, no mentir y no beber vino. Los religiosos maceran su cuerpo con penitencias austerísimas, é inspiran temor al pecado pintando las penas del infierno, ya por medio de palabras, ya por medio de horribles figuras, que entristecen los templos y las calles. Las ciudades, las aldeas y los desiertos están llenos de templos y monasterios; en algunos viven hasta mil monges regulares; al paso que los bonzos seculares habitan en las casas, todos dependientes de sus pontífices. En el templo de Cano, hijo de Amida, el dios está representado en mil estatuas con varias actitudes; en otro, este número asciende á treinta y tres mil trescientos treinta y tres. Uno de los sesenta templos que hay en Meaco, igual en longitud á la catedral de Milan, es de piedra, y está construido en la cima de una montaña, adonde se sube por un camino adornado de columnas á cada diez pasos, con faroles colgados de una á otra; allí está la estatua de Daibut, esto es, del gran Buddha, sentado en una flor de loto. Antes era de bronce dorado; pero habiéndola echado á perder el terremoto de 1662, se substituyó en su lugar una de madera de ochenta y tres pies de altura, cubierta de papel dorado.

La cabeza de uno de aquellos ídolos es tal, que caben en ella quince hombres, y está colocado en un trono de 70 pies de alto y 80 de ancho. Cerca de él se ve la campana mayor del mundo, que tiene más de diez y siete pies de altura y pesa 2,000,000 de libras holandesas. Al templo de Cubuco se llega por tres patios con pórticos de columnas, construidos uno sobre otro: subiendo al segundo por una magnífica escalera, se encuentran dos figuras gigantes en acto de guardar la entrada; en la gradenería que conduce al templo hay dos leones de enorme tamaño; en lo interior se ve la estatua de Saquia, con dos de sus hijos sentados junto á ella, y setenta columnas de cedro de un espesor portentoso, cada una de las cuales costó 5,000 ducados. El monasterio anexo tiene 780 celdas, una riquí-

sima biblioteca, y todas las comodidades con espléndida elegancia (4).

Constituye el símbolo de la divinidad una tira de papel atada á bastones de caña del Japon, y se ve, no sólo en los templos, sino también en todas las casas. En los desastres naturales, y especialmente en los terremotos que se repiten allí á menudo, acuden á los bonzos para aplacar á la irridada divinidad por medio de ceremonias, y á veces hasta inmolando víctimas humanas. Doscientas mil personas cumplen cada año la penosísima peregrinación á Nara, atravesando un espacio de más de 200 millas. Eligen la senda más áspera y solitaria, caminan con los pies descalzos, y su único alimento consiste en tomar dos veces al día un puñado de arroz tostado y tres vasos de agua pura; pero como el viaje, durante los primeros ocho días, se verifica por terrenos áridos, á menudo falta el agua ó se corrompe, y los peregrinos mueren de sed. Los bonzos dirigen la peregrinación; árbitros de las caravanas, ordenan la austeridad, y castigan cualquiera transgresión, por leve que sea, colgando al pecador de una rama, donde pronto le abandonan las fuerzas y cae en el abismo: se califica de culpa la compasión que se muestre hacia él. Hay un campo en que deben permanecer durante veinte y cuatro horas con los brazos cruzados y la boca sobre las rodillas, mientras examinan su conciencia. Subiendo luego á la cúspide de una montaña elevadísima, término del viaje, son colocados uno á uno en una balanza suspendida encima del precipicio, y allí deben confesarse en alta voz; si alguno disimula ó vacila, el Bonzo afloja la palanca que le sostiene, y le deja precipitarse. Los que se salvan se dirigen después á adorar al dios de oro, Saquia, á ofrecerle tributo, y á acelerar la fiesta de la rendición.

Una tempestad llevó por la primera vez á algunos europeos á aquellas costas, según hemos visto antes; posteriormente un joven del país huyó á Goa, y habiéndose convertido á la fe, descubrió las ventajas que los portugueses podrían reportar del comercio con su patria. Encamináronse, pues, al Japon, y como todavía no estaban cerrados los confines á los extranjeros, obtuvieron favorable acogida, y les fué permitido andar por donde se les antojase. Especialmente en la isla de Kiu-siu ó Kimo, los príncipes trataron á porfía de asegurar á sus súbditos el beneficio que esperaban del comercio con los portugueses. En efecto, aquellos podían de este modo vender útilmente los ricos productos del país, mientras que la curiosidad y la ignorancia les hacía pagar carísimas las mercancías de Europa; así aquel tráfico era satisfactorio para ambas partes. Las personas ricas del Japon se complacían en dar sus hijas á estos guerreros europeos; 15,000,000 de pesetas se enviaban todos los años á Europa procedentes de aquellas abundantes mi-

nas, estimándose la ganancia en un ciento por ciento.

El emperador del Japon gobernada antiguamente de un modo absoluto; pero en 1143 empezó á confiar parte de su autoridad á un kubo ó jefe militar que se convirtió luego en hereditario, y que al fin, en el siglo XIV despojó al dairi de la autoridad temporal, dejándole sólo la espiritual, como derivada de su origen divino. El dairi consintió, fuese á causa de la fuerza, del afecto ó de la indolencia, y desde entonces continúa siendo considerado como un descendiente de los dioses que en los primeros tiempos reinaron en el Japon; lleva el título de *Ten-si*, es decir, hijo del cielo, como el emperador de la China, trasmite su autoridad á sus descendientes; y cuando no tiene heredero, encuentra uno cerca de los árboles que dan sombra á su palacio. Pero el poder de hecho reside en el kubo ó seo-gun, que da un sueldo al dairi y á sus ochenta y una mujeres y servidores, de quien recibe los honores divinos que ya hemos referido. Aunque el dairi no tiene ninguna influencia en los negocios públicos, no se deja nunca de consultarle, con el objeto de dejar subsistir la apariencia de su autoridad suprema. El seo-gun, cuando era elegido, después de cada cinco años abostumbra ir á Meaco á rendirle homenaje, casarse con una de sus hijas, y reconocer su superioridad bebiendo en una taza de porcelana que luego dejaba caer al suelo; mas habiéndose suscitado una vez entre ellos cierta cuestión, quedó suprimida la ceremonia, limitándose el seo-gun á enviar todos los años felicitaciones al dairi, el cual se las devuelve, mandando al efecto comisionados á Yedo.

Conrado Kramer, embajador de la compañía holandesa en el Japon, asistió en 1626, en Meaco, á la solemnidad de la visita quinquenal del emperador secular al dairi. Los preparativos comienzan un año antes que el kubo se ponga en marcha, y se dispone desde que sale de Yedo su residencia ordinaria hasta Meaco, donde encuentra al dairi veinte y ocho alojamientos de los cuales ocupa uno diariamente á las doce del día, y otro por la tarde, encontrando en cada uno una nueva corte, nuevos equipajes, guardias y todo lo necesario. Todos á medida que adelantan se ponen en seguimiento del kubo, de tal manera, que á su llegada lleva tras sí un séquito tan numeroso que la ciudad no puede contenerlo. Las calles de Meaco estaban cubiertas de arena blanca y de talco pulverizado, lo que producía al efecto de la plata; y en toda su longitud había dos balaustradas guarnecidas de una doble fila de soldados. Al romper el día desfilaron los servidores de los dos monarcas, portadores de los presentes; después cien hermosas literas de brillante madera, llevadas cada una por cuatro hombres sobrepuestas de un gran quitasol de seda blanca, bordado todo de oro, y dentro las damas y los principales personajes de la corte del dairi. Después se adelantaban ochenta nobles á caballo, ostentando con profusión el oro, la plata, la seda y

(4) ALMEIDA, *Epist. Ind.*; VARENO, *Hist. del Japon.*

las pieles de tigre; cada uno de ellos llevaba doce palafreneros que le tenían las bridas, y ocho criados de á pié. Tres carrozas brillantes por el barniz, el oro y el esmalte, tiradas cada una por un par de toros negros cubiertos de seda carmesí, llevaban á las tres favoritas del dairi, y el embajador como era mercader valió aquellos trenes en 370,000 florines de Holanda.

Iban después las concubinas y damas de honor en veinte y tres literas, con servidores que sostenían quitasoles; después sesenta y ocho nobles á caballo; luego, señores de la primera categoría que llevaban regalos al kubo, á saber: dos grandes sables con puños de diamantes, un reloj maravilloso, dos grandes candelabros de oro, dos columnas de ébano, dos mesas cuadradas, también de ébano, incrustadas de marfil y nacar, con los cajones llenos de libros curiosos; dos platillos de oro, y otros muchos objetos de menos valor. Después de otros doscientos sesenta nobles á caballo de las primeras familias del imperio, se adelantaron los hermanos del kubo y ciento sesenta y cuatro reyes y príncipes tributarios, cada uno con una comitiva proporcionada, precediendo dos carrozas que escedian á las otras en riqueza. En la una iba el kubo, en la otra el príncipe su hijo, detrás multitud de carrozas, sillas, literas de marfil y de ébano con servidores y músicos. La litera del dairi cerraba la marcha precedida por una guardia de cuarenta nobles y llevada por otros cincuenta, de estremada magnificencia tanto por dentro como por fuera, con un imperial soberbio, sobrepuesto en los costados de un gallo de oro macizo.

La multitud fué tan grande que hubo varias personas estropeadas; otros se abrieron paso con espada en mano, mientras que los ladrones se aprovechaban de todo lo que podían coger. Permaneció el dairi tres días en la corte, servido por el kubo y por los príncipes, así como sus tres mujeres por los primeros ministros. El kubo le ofreció un regalo de tres mil barras de plata, dos sables de un temple muy fino y de un esquisito trabajo, con la vaina de oro; doscientos hermosos trajes, trescientas piezas de raso, doce mil libras de seda cruda, diez caballos magníficos, con arreos de valor inestimable, y cinco vasos grandes de plata llenos de almizcle, ámbar gris y otros perfumes semejantes.

La revolución verificada en el Japon había rejuvenecido aquel imperio, estableciendo un gobierno más capaz de hacer el bien, sostenerla tranquilidad y poner freno á una nación demasiado inquieta. Acostumbrados los príncipes, bajo la antigua dominación, á no escuchar más que sus caprichos, se indignaron al verse obligados á obedecer á un amo; formaron una conjuración; pero proporcionaron también á Taiko la ocasión de enfrenarlos más: levantó tropas, cayó sobre ellos aisladamente, y en diez años consiguió domarlos, y dominar como dueño absoluto. Con el objeto de tenerlos ocupados, introdujo la guerra en la Corea, donde bajo el pretexto de que aquella península

había estado en otro tiempo avasallada á los japoneses, envió allí, pidiendo le tributasen homenajes á embajadores que fueron muertos. Pero acostumbrados á la paz, y teniendo por rey al voluptuoso Li-Fen, no aguardaron los coreos al ejército japon: abandonando las llanuras y las ciudades, reclamaron el socorro de los chinos, que prevalecieron tanto por la astucia como por las armas. Los japoneses fueron batidos y rechazados; pero Taiko se alegró de ello como de una victoria, porque había alejado á los príncipes turbulentos, que habían consumido en aquella expedición su dinero y sus fuerzas, y pudo de esta manera someterlos á las condiciones más duras. También los obligó á que enviases á la corte á sus mujeres é hijos como rehén, en cuyo punto deberían presentarse una vez cada año.

Con objeto de sujetar aquel pueblo turbulento y faccioso, promulgó Taiko rigorosísimas leyes, no permitiendo al mismo tiempo que los extranjeros morasen en su imperio, y muy particularmente los portugueses, que habían aumentado su número y poder; también proscribió el cristianismo en sus Estados. Taiko murió antes de haber podido realizar estos proyectos, dejando el poder á su hijo Fide-Yori. Gegias, tutor del joven príncipe, concibió el proyecto de despojarlo del trono, y habiendo atacado á su pupilo, le redujo á tal extremo, que se arrojó á las llamas con todos los que aun le eran fieles. Gegias puso en ejecución los planes de Taiko (1616), espulsando á los negociantes europeos, y estirpando la religión cristiana.

Las extraordinarias riquezas que habían adquirido los portugueses aumentaron su ambición, y para satisfacerla usaban de los medios más reprobados: llenos de orgullo, despreciaban á los naturales, y el clero mismo no los trataba mejor. A punto que los frailes, desdeñándose de andar á pié, se hacían conducir en magníficos palanquines, y con imprudente intolerancia insultaban las pagodas y derribaban los ídolos. El comportamiento de los portugueses les acarrió el odio de los japoneses, que temían que estos extranjeros opulentos, unidos por enlaces con los recién convertidos, alimentaban pensamientos de revolución. Dió causa á su desconfianza Caron, que habiendo obtenido permiso para edificar una casa, construyó, sin que los naturales lo percibiesen, una verdadera fortaleza, en la que introdujo los cañones dentro de pipas. Su único objeto sería probablemente proporcionar mayor seguridad al establecimiento; pero descubierto el secreto, fué citado ante el tribunal que lo sentenció á la pública vergüenza vestido del traje de los locos después de raparle. Desde aquel lugar este suceso, cuando llegaba cualquier buque quitábanle los japoneses los cañones, la pólvora y las demás armas, y vigilando con mayor cuidado á la tripulación, no permitían salir á tierra más que á cuatro hombres á la vez.

Los portugueses tenían en aquella época unos grandes enemigos en los holandeses, que habían

dose establecido en Firando, y obtenido patente para comerciar con toda libertad, no perdonaban medio alguno para perjudicarlos en provecho propio. Con este objeto dirigieron una carta al kubo, que fué interceptada, en la que se afirmaba que los portugueses trabajaban por dominar al país, y preparaban para este fin un movimiento, de acuerdo con muchos de los principales habitantes. Los acusados, á pesar de que negaron el hecho, fueron enviados al suplicio. Las ideas exageradas y mal comprendidas de la autoridad papal, parecían apoyar la existencia de este complot, puesto que hacían creer que los misioneros pretendían que el rey debería depender de un pontífice que residía á larga distancia, cuando había otro en el país, cerca de su persona. Los rencores y los odios se habían nutrido por los bonzos, y por la corte del dairi, irritados por el menosprecio que los cristianos hacían de sus ídolos, por el agravio que amenazaba su crédito y sus rentas, y de la intolerancia de los predicadores, que declaraban condenados por una eternidad á todos los que no creyesen como ellos.

Gegias ordenó, por lo tanto, á los portugueses, que evacuasen el país, cesando todo comercio con ellos (1637). Prohibió á los japoneses salir de él, ya fuese para comerciar ó para cualquier otro asunto: proscribió las cartas, los dados, los desafíos, el lujo, los banquetes suntuosos, los vestidos y golosinas introducidas por los extranjeros. La ruina de los portugueses agradó mucho á los holandeses, á quienes se permitió, gracias á los servicios que habían prestado, traficar libremente en el Japon, bajo la palabra que dieron de llevar las mismas mercancías que sus rivales y esponderlas con más ventajas.

Torrentes de sangre se vertieron por estirpar el cristianismo, profundamente arraigado ya en los naturales. Taiko había publicado un edicto para impedir su propagación, prohibiendo la entrada en el país de más misioneros, y espulsando á todos los que se hallaban en él. A pesar de esto desembarcaron algunos franciscanos en la isla, y persuadidos de que debían obedecer más á Dios que á los hombres, predicaron públicamente por las calles de Miaco, despreciando los edictos imperiales, y edificaron una iglesia, aunque los jesuitas se opusieron á ello. Un desprecio tal á sus órdenes irritó al emperador, y muchos cristianos fueron enviados á los suplicios, donde perecieron entre los mayores tormentos, que en ningún otro país pudieron imaginarse.

Sin embargo, la sangre de los mártires no fué estéril; porque si bien los jesuitas contaron veinte mil quinientas y setenta víctimas en 1590, en los dos años siguientes hicieron doce mil prosélitos. El joven Fide-Jori usó con ellos de tal tolerancia, que se creía que había sido convertido con toda su corte, pero pudo ser muy bien que esta creencia la hubiera originado pérfidamente su tutor, quien después de usurparle el trono desplegó una

HIST. UNIV.

ferocidad atroz. La muerte había ya terminado con todos los misioneros que habían conseguido sostener á los prosélitos en esta terrible prueba, en medio de los suplicios que sufrían con una constancia tal que, admirados muchos indígenas, anhelaban conocer una doctrina que tanto heroísmo inspiraba. Esta persecución, sin segunda, existió cuarenta años: durante ella se pusieron en juego las mismas crueldades y los prodigios que fueron compañeros inseparables de las persecuciones de la primitiva Iglesia: porque la firmeza de carácter que distingue á este pueblo, si bien le comunicaba valor para aplicar los más crueles tormentos, dábale también la necesaria entereza y constancia para resistirlos. Las mujeres y los niños rivalizaban en intrepidez, y millares de personas y pueblos enteros fueron esterminados sin que una sola vacilase en la fe, por temor á la muerte, ó seducidas por las promesas, por sus afectos ó por el atractivo de las grandezas que se les prometían.

Cuando los papas prohibieron á cualquiera otro que á los jesuitas trabajar en el Japon, por temor de que la competencia perjudicase á los progresos de las misiones, muchos religiosos de distintas órdenes corrieron á la isla para rivalizar en valor, y presentándose como simples prosélitos probaron la firmeza de su creencia, espirando en los más atroces suplicios. La noticia de tan cruel persecución se difundió por toda la India y llegó á Europa, desde donde los pontífices no podían auxiliar más que con plegarias y bendiciones á los que tanto sufrían. No teniendo otro recurso, cuarenta mil cristianos se retiraron al castillo de Simabara, en la isla de Ximo, resueltos á vender caras sus vidas; pero después de defenderse hasta el último extremo, fueron todos degollados. Desde entonces quedó estirpado el cristianismo.

El dairi estableció un tribunal inquisitorial con objeto de conocer la secta á que pertenecía cada familia y cada individuo, y desde esta época data, probablemente, la costumbre de pisotear, según se presume, la imagen de Cristo y de María. Los niños son conducidos por sus padres, los que les mandan cometer este sacrilegio, que exigen los inquisidores, y cualquiera que se niega es condenado á muerte si es sujeto de clase elevada, y á una prisión, donde existe hasta que abjura de su creencia, si es un ignorante de la clase baja.

De este modo se vieron los portugueses lanzados del Japon, después de haber hecho un comercio lucrativo durante cien años. En 1640, el gobernador de Macao trató de anudar las antiguas relaciones, por lo que envió al kubo dos embajadores con un acompañamiento de setenta y tres personas; pero inmediatamente que desembarcaron fueron presos y decapitados inmediatamente, á pesar de que, registrado su buque, no hallaron en él ninguna clase de mercancía, perdonando sólo á los criados, á los que encargaron contasen lo que habían visto, y que asegurasen que la misma suerte

les cabría al rey de Portugal, y hasta al Dios de los cristianos, si se determinaban á pisar las playas japonesas. Un misionero, llamado Sidoti, se atrevió en 1709, sabiendo los peligros á que se exponía, á entrar en el Japon de incógnito; mas á los siete años se supo en Canton que habiendo sido descubierto y llevado á la presencia del emperador, quiso éste informarse de sus intenciones; pero como el misionero ignoraba el idioma japonés, ordenó que lo mantuviesen preso hasta que le aprendiese; mas ya fuese de enfermedad, ó ya por los malos tratamientos, el desgraciado viajero murió en la prision.

Esceptuando una factoría china y un reducido establecimiento holandés establecidos en Desima, sobre una isla artificial, en el golfo de Nangasaki, se prohibió completamente en el Japon, el comercio con los extranjeros. Un puente guardado con toda vigilancia, separa del país á los negociantes privilegiados, y el número de los europeos que habitan este puente, está reducido á once, y son servidos por japoneses. Las casas son de alquiler pero pueden amueblarlas á su gusto, y el gobierno les designa siempre los operarios que les han de trabajar, y los comerciantes con quienes deben tratar; frecuentemente él compra todo el cargamento, y siempre lo valúa. Cuando las mercancías han sido vendidas, compra el mismo gobierno las que los extranjeros quieren llevar á sus países de retorno, porque no quieren ni aun que toquen el dinero. Ninguno puede salir de Desima sin una autorizacion superior y un gran acompañamiento de vigilantes, y el populacho corre al rededor del que lo obtiene gritando: ¡Orando, Orando! y el europeo que desea disfrutar tan triste satisfaccion, tiene precision de poner buen rostro y halagar á toda la caterva que lo acompaña. Durante la noche, las puertas de Desima no se abren por ningun motivo.

«La avaricia y el deseo del oro del Japon, dice Kæmpfer (5), pudieron tanto para los holandeses, que más que abandonar tan lucrativo comercio, se sujetaron á una prision casi perpétua, porque bien se puede llamar prision á nuestra residencia de Desima, resignándose á sufrir los malos tratamientos de una nacion extranjera y pagana; á privarse del culto divino, aun en los domingos y días feriados; á abstenerse de rezar ó cantar salmos en público, de hacerse la señal de la cruz, de pronunciar el nombre de Jesús en presencia de los naturales, y en general de todas las otras muestras del cristianismo, sobrellevando con bajeza y paciencia las injurias de estos infieles llenos de orgullo, cosas indignas é insufribles para hombres bien nacidos. *Quid non mortalia pectora cogis auri sacra fames?*»

Un incidente que influyó mucho en la suerte de los europeos, puede dar idea de la situacion de éstos en el Japon. Enviado á este punto como em-

(5) Lib. IV, cap. 6.

bajador del consejo de Batavia, el holandés Pedro Nuytz (1627), por darse más importancia, se tituló embajador del rey de Holanda, obteniendo por este medio el paso que se negaba á los demás; pero descubierta la mentira, fué despedido, sin admitirlo. En vez de castigarlo, se le dió el gobierno de Formosa, á cuyo punto llevó hasta el extremo su odio á los japoneses, desarmando dos grandes buques que de esta nacion llegaron á la isla, del mismo modo que se efectuaba en el Japon (1629), tratando mal á su tripulacion y no permitiéndole ni seguir su ruta ni volverse á su país. Los negociantes japoneses, irritados contra él se sublevaron, y apoderándose de su persona, le obligaron á que devolviese á los dos buques el armamento que les habia quitado. No se determinaron los holandeses á recurrir á la fuerza por temor de perder su trabajoso comercio, y se sujetaron, por lo tanto, á dar rehenes y además tanta seda como los dos buques hubieran podido cargar para la China; á pagar los gastos del viaje, y á desarmar sus mismos bastimentos, hasta que los de los japoneses hubiesen partido. Cuando en el Japon se supo esta ocurrencia, se aumentó la desconfianza por los comerciantes holandeses; no se les insultó; pero tampoco se oyeron sus reclamaciones, y durante cinco años, se les tuvo en un verdadero cautiverio, hasta que la compañía decidió entregar á Nuytz, para que castigado el culpable, no hicieran padecer por más tiempo á los inocentes. Por este medio se alzó el secuestro, y empezó otra vez el comercio, habiendo devuelto los japoneses al mismo Nuytz, que no sufrió otro mal que un miedo harto justificado. Este suceso demostró á los holandeses la necesidad que tenían de no hacerles la menor ofensa que pudiese dar lugar á una reaccion desgraciada, y de tener siempre adicto á sus intereses á un ministro del emperador á costa de regalos, sujetándose además á toda clase de humillaciones.

La compañía está obligada á mandar cada año una embajada á Jedo, y tenemos la descripcion de la correspondiente á 1776, á cuya cabeza iba M. Fheit, acompañado de doscientas personas. Esta embajada fué escoltada por un *daimio*, que viajaba en un gran palanquin, precedido de una lanza en señal de su autoridad. Seguía un numeroso séquito, y en él un intérprete que debía atender á las necesidades del viaje, costeado por la compañía. Los europeos hicieron la travesía con la comodidad posible, y los japoneses á pié ó á caballo, llevando sus sombreros cónicos con barboquejo, su abanico, quitasol, y algunos unas grandes capas de papel encerado. Una multitud de curiosos salía al encuentro de la numerosa caravana, que observaba lo mejor que podía, lo poco que le era dado ver. De distancia en distancia hallaron los holandeses los baños sulfúreos y calientes, que con tanta frecuencia usan los naturales; las manufacturas de aquellas admirables porcelanas, que tanto han degenerado, y aldeas de considerable estension que sólo se diferencian de las ciudades

por estar formadas de una sola calle. Al término de cada provincia hallaban á un comisionado que les ofrecía cuanto necesitaban, y los acompañaba hasta que entraban en otra. Atravesaron los holandeses caminos muy bien contruidos, con sus zanjas para la corriente de las aguas, sus correspondientes hileras de árboles, y sus respectivos mojones para marcar las leguas. Las casas, compuestas de un piso bajo para habitar, y de uno segundo para granero, están contruidas de bambú revestidas de mezcla, y las habitaciones separadas con papel trasparente. En las de recreo no permitieron que entrasen los holandeses. Los palanquines son conducidos por hombres que levantándolos cuanto pueden, corren con la mayor velocidad.

Al llegar á Jedo, enviaron los embajadores sus presentes al emperador y á sus ministros, presentándose después vestidos pomposamente con sus espadas y capas de seda, y prosternándose delante de aquél; pero la entrevista fué muy corta, consistiendo en dirigirle breves palabras, que fueron contestadas más brevemente y las mismas que siempre.

La abertura del Japon, emprendida de 1852 á 1854 por los Estados Unidos, fué continuada sucesivamente por Inglaterra, Rusia, Holanda y Francia. En virtud de un tratado que se firmó el 9 de octubre de 1858, las ciudades y puertos de Hako-Dadi, Kanagawa y Naugasaki fueron accesibles al comercio francés á contar desde el 15 de agosto de 1859. En espera de esa fecha los negociantes europeos se habian instalado en Jokónama. El tay-kun abrigaba los mejores designios en pro

de los extranjeros: permitió la práctica de la religion cristiana en los puertos abiertos y dió la libertad de recorrer el Japon con tal de llevar pasaporte. Pero alzabase contra él un partido poderoso, completamente reaccionario y hostil á los extranjeros. La situacion del tai-kun era tanto más crítica cuanto que habia tratado sin el asentimiento del mikado ni de los daimios (grandes feudatarios), siendo responsable ante ellos de toda medida de interés general. De ahí emanaron numerosas dificultades, y para el Japon disturbios muy graves que acabaron por trocarse en revolucion. Mientras los daimios reclamaban enérgicamente la espulsion de los extranjeros, no tenían éstos en cuenta la civilizacion del país y mostraban cada día nuevas exigencias. Para conseguir el paso del mar interior del Japon, en donde mandaba el príncipe Nagato, fué allá una escuadra anglo-franco-holandesa en 1864, la cual hubo de recurrir á la fuerza de las armas. Muerto en 1864 el tai-kun Minamoto, en 1867 pidió el sucesor suyo, Stotbachi, la convocacion de una asamblea de los daimios para juzgar su politica. Respondieron éstos con un acto de violencia: invadieron el palacio del mikado, que era un niño de nueve años, se apoderaron de él y de sus principales consejeros, y gobernaron en su nombre. El caído tai-kun resistió algun tiempo y acabó por ser vencido en 1869. Desde esa época, el mikado volvió á tomar posesion de sus derechos soberanos, y fué reconocido como único dueño del Japon por todas las potencias extranjeras.